

Manuel GUERRA, *Historia de las religiones. I. Constantes religiosas; II. Los grandes interrogantes; III. Antología de textos religiosos*, Eunsa, Pamplona (col. «Biblioteca NT. Historia», nn. 2-4), 1980, 378 pp., 369 pp., 378 pp., 11 × 18.

En 1873 se fundaba en Ginebra la primera cátedra de *Historia de las religiones*, o de lo que entonces se denominó *Historia comparada de las religiones*. Desde aquella fecha, mientras se multiplicaban esos estudios comparativos —sobre todo en el sentido de comparar el Cristianismo con otras religiones—, ha crecido también el interés general por un conocimiento global del fenómeno religioso en el mundo.

Recientemente el profesor Guerra —Teólogo, especialista en Historia de las religiones y en Filología clásica— ha intentado, en estos tres volúmenes de su *Historia de las Religiones* «exponer, con toda la objetividad posible y con seriedad científica, las formas religiosas de la humanidad con categoría de constante subyacente bajo las múltiples variantes» (I,17).

No es ésta —advierte el autor— una obra de investigación, al menos en su totalidad. La finalidad de estos volúmenes es indudablemente divulgadora, pero mantiene la voluntad de que lo divulgado sean auténticas verdades científicas, bien que despojadas del tecnicismo y aparato que acompañan cualquier monografía. Manuel Guerra conoce suficientemente la materia y, principalmente, es capaz de afrontarla con notable lucidez metodológica. Por otra parte posee especial pericia para temas como la religiosidad paleolítica y las religiones telúricas, sobre las cuales ha publicado amplias monografías especializadas.

El objeto que Guerra se propone en esta obra no es tan sólo el de sintetizar y ordenar los datos más importantes que permiten caracterizar a las religiones de la Historia y de la Prehistoria, sino que pretende, en última instancia, obtener un saber sobre las religiones *en profundidad*, «conjuntando la exposición histórica con la descripción fenomenológica de las concepciones y prácticas religiosas, analizando también sus orígenes y fundamentos, etc.» (I, 20).

Obtener este saber unitario sobre el hecho religioso plantea inmediatamente el problema del método. Al estudiar tema tan comprometedor como el de la religión, el científico ha de asegurar, en primer lugar, una necesaria objetividad nada sencilla en la selección de los datos y en su interpretación. Guerra es consciente de estos difíciles escollos, y los analiza en el capítulo *Enfoques y desenfoques de la historiografía religiosa*, que encabeza el volumen II. No es raro que en los libros dedicados a

estas materias se hallen operantes prejuicios y categorías capaces de alterar esencialmente el estudio que se emprende. Así denuncia el autor cierto racionalismo que rechaza *a priori* de la religión cualquier iniciativa divina; una mentalidad de tono evolucionista que pretende explicar todo hecho religioso por la vía de suponer formas religiosas precedentes más rudimentarias; el irracionalismo que califica a la religión de sentimiento ciego y el positivismo materialista que no quiere reconocerle ninguna especificidad. Deforma también el objeto de estudio considerarlo tan sólo a la luz de un método científico positivo, excluyendo cualquier otro punto de vista que no sea el filológico, el estructural, el psicológico o el sociológico.

La complejidad del hecho religioso exige hacerlo objeto de un estudio interdisciplinar. Ya con el ingente trabajo de W. Schmidt quedó patente la fecundidad de una colaboración entre la historia y la etnología en orden a fundamentar hallazgos tan sorprendentes como el del origen monoteísta de las religiones celestes —p. ej., las indoeuropeas y las semitas— y la raíz telúrica de las religiones místicas.

En la disyuntiva de optar por un método, el prof. Guerra se decide por un punto de vista últimamente teológico, que es capaz, en cuanto conocimiento sapiencial, de hacerse cargo de todas las dimensiones del hecho religioso exploradas por las ciencias particulares, incluyendo su misma fundamentación. Por ello el autor, junto a su profesión de objetividad científica, coloca como criterio metodológico la convicción de que el Cristianismo no es una religión más, sino la religión revelada por Dios. Su estudio sobre la religión, sin querer ser propiamente parte de una Apologetica cristiana, supone una Teología Fundamental capaz de fundamentar válidamente el carácter revelado —el origen divino— del mensaje cristiano. La objetividad científica de esta obra es pues la que posee la Teología misma, hábil para entender críticamente las verdades científicas que proporciona la historia, la etnología, la filología, etc., integrándolas en un saber unitario. En este punto, el libro de M. Guerra se muestra también excepcionalmente valioso por la coherencia y autoconciencia de su labor sintética: la luz teológica garantiza la eficacia gnoseológica de su investigación.

* * *

El primero de los tres volúmenes de esta *Historia de las Religiones*, de estilo expositivo, es una descripción de las diversas religiones de la tierra, que alude a su historia, a sus contenidos doctrinales y rituales y a sus caracteres distintivos. Esa descripción vendrá completada luego por una *Antología de textos religiosos* (vol. III), que presenta el particular interés de ser por ahora la única en su género accesible al lector de habla castellana.

El 2.º volumen (*Los grandes interrogantes*) viene dedicado al estudio pormenorizado de los grandes temas religiosos, intentando sintetizar las respuestas que han apuntado las religiones históricas antes descritas. Esos grandes interrogantes son: en primer lugar, el conocimiento de la divinidad (c. 2); después la religiosidad en el hombre, su historia y su negación por el ateísmo (cc. 3-7); y finalmente la consideración de algunos

elementos caracterizadamente religiosos: el pecado, la oración, el sacrificio y el sacerdocio (cc. 8-9); el más allá del mundo (cc. 11-12); y la existencia de una religión de origen divino (c. 13).

Para describir las religiones del mundo se aplica primeramente el concepto de *constante religiosa*, dentro de una metodología análoga a la de la Lingüística comparada: «El análisis de distintas religiones, que coexisten durante un milenio en un marco geográfico más o menos amplio, puede llevarnos a descubrir coincidencias tal vez más numerosas y esenciales que sus notas diferenciales. Entonces, desde esta *hermandad religiosa* y, en algunos casos también étnica, podremos quizás remontarnos al ascendiente común a varias religiones, del cual descienden todas con filiación más o menos directa» (I, 36-37).

El autor establece seis categorías capaces de englobar la heterogeneidad de religiones y de constantes religiosas: I. Religiosidad telúrica; II. Religiones celestes; III. Religiones étnico-políticas; IV. Religiosidad misteriosa; V. Religiones universales; VI. Religión revelada (Cristianismo).

Si las religiones étnico-políticas —p. ej., la religión de los romanos o el hinduismo— se confunden en sus orígenes con el surgir de una nación o Estado, tanto la religiosidad telúrica —y la misteriosa, que de ella depende— como las religiones celestes hunden sus raíces en estratos más profundos del ser del hombre. Así, el culto a la Gran Madre, a la diosa Madre Tierra, parece fundamentarse en la intuición de que la vida y la fecundidad tienen para el hombre carácter de *don*, y han de atribuirse originalmente al dominio de un Ser personal y superior a los seres mundanos. En el surgimiento de las religiones celestes parece encontrarse, por su parte, un inicial culto monoteísta del *Dios Altísimo*, que en los cielos manifiesta su majestad tremenda.

Las religiosidades china e hindú, reducibles en cuanto a su origen a las constantes telúrica y étnico-política, merecen, con todo, ser estudiadas en capítulo aparte (I, 129-195) por las notables transformaciones que sufren a lo largo de la historia, hasta tomar visos de profunda singularidad.

Fuera de estas constantes se destacan aún más radicalmente las llamadas *religiones universales* o *históricas*, como fenómenos con otras etiologías. Las religiones universales se caracterizan por tener un fundador conocido y por cierta tendencia universalista, en cuanto se presentan como realidades absolutas, válidas para todos los hombres. Son también «religiones del Libro», pues los Fundadores dejaron recogida en algún texto su doctrina.

Las religiones universales no han sido muchas. Dos se originan en la India durante el s. VI antes de Cristo: el budismo y el jnismo. El dualismo de Zoroastro nace también por entonces en Irán, pero posteriormente se ha extinguido notablemente (hoy sólo cuenta con 150.000 adeptos). El islamismo, por último, remonta sus orígenes a la Edad Media.

Con estas mismas características que definen a las religiones universales, el judaísmo y sobre todo el Cristianismo se sitúan sin embargo en otra categoría diferente: «lo coloco en sitial aparte, distinto y superior en atención a su excelcitud dogmático-moral, aun para la mirada de los no cristianos, así como por las características de su fundador: Jesucristo,

Dios-Hombre, únicas en toda la historiografía religiosa de la humanidad» (I, 200). El estudio del Cristianismo concluye con un apartado destinado a mostrar cómo resultan ser totalmente características, frente a las demás religiones universales, tanto la figura de Jesucristo como la teología y antropología cristianas.

Entre las síntesis sobre «grandes temas religiosos», que recoge el volumen II, resultan especialmente interesantes las dedicadas al conocimiento religioso, al pecado y al más allá de la muerte. Sin ser estudios monográficos, estos capítulos presentan enfoques muy acertados y recogen ideas sugerentes.

Guerra ve en el conocimiento religioso —entendido en sentido amplio, como conocimiento vivencial y mítico junto al puramente racional—, la base de la religiosidad natural del hombre: *homo religiosus quia rationalis*. Por ello, la irreligiosidad y el ateísmo aparecen en la historia de la humanidad como fenómenos paranormales que a la larga se revelan anti-humanos. A este respecto, el autor se niega a clasificar el budismo como una forma de ateísmo, «en el sentido de esta designación en Occidente» (II, 151).

Respecto del sentido del pecado —concepto tan humano como la religión misma—, insiste en la identidad originaria entre el *tabú* y el concepto de lo *sagrado*, de lo cual nace luego la prohibición de *profanar* lo que no está sujeto al arbitrio humano. Indudablemente el sentido del *tabú* ha servido eficazmente como protección de los aspectos más íntimos y frágiles de la realidad humana: el misterio de la vida y la sexualidad, la autoridad —no el poder—, la religiosidad misma. Resulta particularmente ilustrativa la comparación entre el perdón de los pecados en el Cristianismo y los modos de ejercer la *penitencia* en otras religiones (II, 206-220).

M. Guerra analiza también con detalle los rastros de una creencia paleolítica en la vida mundana *post mortem* (II, 267 ss): el hecho mismo de la inhumación, el uso del color *ocre* rojo que es símbolo de la sangre y de la vida, la posición fetal de los cadáveres como profesión de fe en una nueva vida, el enterramiento orientado al Levante, y dotado de un completo ajuar, etc.

En resumen, puede afirmarse que el autor alcanza suficientemente el objetivo perseguido: dar a conocer con rigor y profundidad las características más relevantes del hecho religioso y de las religiones de la tierra a quienes se interesan por este tema sin ser aún especialistas en la materia.

JOSÉ MIGUEL ODERO

John A. T. ROBINSON, *Redating the New Testament*, London, SCM Press, 1976, 370 pp., 14,5 × 22.

La sentencia tradicional sitúa el tiempo de redacción de los escritos del Nuevo Testamento entre el año 51 (1 Tes) y los alrededores del año